

Esteban Martín

# Sinada

El Dragón de Jade



edebé



**SANADA**

*El dragón de jade*

Esteban Martín

**edebé**

© Esteban Martín, 2014

© Edición: EDEBÉ, 2014

Paseo de San Juan Bosco, 62 (08017 Barcelona)

[www.edebe.com](http://www.edebe.com)

Atención al cliente 902 44 44 41 [contacta@edebe.net](mailto:contacta@edebe.net)

Dirección Editorial: Reina Duarte

Editor: Elena Valencia

Producción: Elisenda Vergés-Bó

Diseño: Els Altres

1ª edición, septiembre 2014

ISBN 978-84-683-0946-0

Depósito Legal: B. 11151-2014

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A mis hijos, Olga y Ángel.*

Nacido entre nosotros,  
un día llegará el elegido.  
Su origen tendrá donde se pone el sol.

Cabello de oro,  
espíritu rebelde,  
corazón de dragón.

Dos maestros le iniciarán  
en el camino del bushido:  
lealtad, justicia, sacrificio y honor.

Blandirá la Espada Legendaria  
frente a aquellos que alzaron sus armas  
contra el Emperador.

Honor y gloria abrirán  
el filo de su katana  
contra el camino del akudo.

La Tierra del Crisantemo  
devolverá a su dueño  
y emprenderá su propio viaje.

# ÍNDICE

|   |     |
|---|-----|
| 1. La Gran Muralla . . . . .                        | 9   |
| 2. La Ciudad Prohibida . . . . .                    | 21  |
| 3. Armas míticas . . . . .                          | 29  |
| 4. La sala del trono . . . . .                      | 35  |
| 5. Conspiración . . . . .                           | 45  |
| 6. Dos dragones de jade . . . . .                   | 53  |
| 7. Buko, el comedor de sueños . . . . .             | 57  |
| 8. Un joven muy lúcido . . . . .                    | 65  |
| 9. La misión . . . . .                              | 69  |
| 10. Burlado . . . . .                               | 73  |
| 11. Peng . . . . .                                  | 77  |
| 12. La horda . . . . .                              | 85  |
| 13. Las malas noticias nunca vienen solas . . . . . | 89  |
| 14. Xuan Nu . . . . .                               | 93  |
| 15. Perdidos . . . . .                              | 99  |
| 16. La conquista del norte . . . . .                | 105 |
| 17. Armibia . . . . .                               | 107 |
| 18. Un mal sueño . . . . .                          | 111 |
| 19. En la Ciudad Laberinto . . . . .                | 117 |
| 20. Xun . . . . .                                   | 123 |
| 21. Emboscada . . . . .                             | 129 |
| 22. La huida . . . . .                              | 133 |
| 23. Salvados . . . . .                              | 139 |
| 24. Las indecisiones de Sanada . . . . .            | 149 |
| 25. Los Inmortales . . . . .                        | 161 |
| 26. Los Jiang Shi . . . . .                         | 169 |
| 27. El río Amarillo . . . . .                       | 179 |
| 28. Huang Shan . . . . .                            | 185 |
| 29. El dragón oscuro . . . . .                      | 189 |
| 30. La batalla del río Amarillo . . . . .           | 197 |

|   |     |
|---|-----|
| 31. Zorama .....                            | 201 |
| 32. Yuan Yi .....                           | 211 |
| 33. Pandas .....                            | 215 |
| 34. Shong Shan .....                        | 221 |
| 35. Enemigo a las puertas .....             | 231 |
| 36. La batalla de la Ciudad Prohibida ..... | 235 |
| 37. Una nueva despedida .....               | 251 |

## La Gran Muralla

La Gran Muralla se extendía sobre la superficie de la tierra como la cola de un dragón. Sanada, el samurái, después de dos jornadas de marcha a lomos de su caballo Rai, se había encontrado con aquella imponente construcción. El barco del Emperador, al mando del almirante Ginchiyo, después de cruzar el mar Amarillo, le dejó en las costas cercanas a la ciudad de Xuanhua, donde desembarcó a bordo de un bote. Fue una travesía muy agradable, en la que el almirante le contó muchas cosas de las tierras que iba a visitar. Ginchiyo y Sanada se abrazaron antes de que este saltara a tierra; habían compartido muchos peligros y aventuras y se tenían en gran aprecio. El joven samurái, desde la orilla, vio cómo se alejaba el navío hasta que su forma se perdió en la lejanía.

Xuanhua, según le informó el almirante Ginchiyo, era la puerta de entrada a Catay y muy próxima a Beijing, la capital de aquel Imperio vecino, y lugar de destino de Sanada. Debido a esa cercanía, una potente guarnición de soldados se encontraba tras sus muros, con la finalidad de proteger de invasiones exteriores la zona noroeste del Imperio. Xuanhua era llamada La Ciudad de la Uva, pues sus agricultores cultivaban una enorme variedad de uvas; sus habitantes también vivían de la artesanía y el comercio, así como de elaborar todo tipo de equipamientos para la guerra.

Sanada, después de media jornada de marcha, divisó la ciu-



dad desde la altura de una colina y decidió rodearla con el propósito de que nadie se diera cuenta de su presencia.

Según sus cálculos, le faltaban unas cien millas para llegar a Beijing y no quería perder el tiempo ni meterse en problemas. No conocía a aquellas gentes y se dijo que era mejor no llamar la atención. Su objetivo era encontrar cuanto antes al padre Álvaro de Mendoza; hacía ya mucho tiempo que había tomado la determinación de dar con él y, de esa forma, conocer cuál era su verdadero origen, de dónde venía.

El joven samurái detuvo a Rai a apenas trescientos metros de la enorme construcción que marcaba los límites del Imperio. Sanada estaba pasmado, pues solo un Emperador muy poderoso era capaz de disponer de los suficientes hombres y recursos como para haber perpetrado aquella abrumadora y monumental obra arquitectónica. Aunque, se dijo, no era labor de un solo Emperador, sino de toda una dinastía.

La Gran Muralla, construida a base de tierra, piedra, ladrillo, madera y cerámica, tenía una altura superior a los ocho metros. Estaba jalonada de torreones, pasos y puertas fortificadas, atalayas y torres. Sanada calculó que cada cien metros había una torre de defensa y se dijo que, de haber centinelas en ellas, ya se habrían percatado de su presencia. Era imposible salvaguardar todo aquel inmenso tramo de muralla, pues no había reino que tuviese tantos soldados. Aun así se aproximó con cautela; debía cruzar al otro lado si quería penetrar en el misterioso reino de Catay. Descendió del caballo y decidió acercarse a pie hasta la puerta más cercana.

Sanada fijó sus vivaces pupilas en el tramo de muralla que tenía frente a sí. Observó la vertical del muro buscando los resquicios de la piedra antes de decidirse a escalar, al mismo tiempo que volvía a comprobar que ningún centinela se encontraba en los alrededores. Escaló la muralla adhiriéndose a la piedra con pies y manos, e instantes después, se encontraba en lo alto de ella. La muralla tenía un ancho lo suficientemente holgado para cinco caballos en línea horizontal o bien para diez hombres de armas. Desde lo alto de sus muros, resultaba aún más

impresionante ver cómo se perdía en la lejanía. No parecía tener fin. Sin más dilación, se dejó caer al otro lado y abrió el enorme portón. Luego, fue a buscar a Rai. Cuando el joven samurái, a lomos de su caballo, se encontró al otro lado, volvió a cerrar la puerta. Cabalgó intentando alejarse lo antes posible; no deseaba tentar a la suerte.

Siguió el camino real, pavimentado con piedra y ladrillo y, media hora después, se dio la vuelta un instante para mirar atrás: aún podía divisar la magnitud de aquella inconcebible obra de ingeniería que, como una serpiente, separaba la tierra en dos.

Poco después, algo llamó la atención del samurái; a unos cientos de metros, en mitad del camino real, vio a unos doce soldados en tierra. Los habían atacado. Sanada espoleó su caballo y, cuando llegó al lugar, descendió de un salto. Sí, eran soldados, vestían ropas del ejército imperial y estaban muertos. Un leve sonido le hizo volverse. No todos estaban muertos; alguien se quejaba lastimosamente. Era un oficial. Sanada se le acercó al mismo tiempo que el soldado, aturdido, recorría con su mano izquierda la tierra buscando su arma.

—Quieto, soy un amigo —dijo Sanada tratando de incorporarlo.

El oficial tenía una brecha en la cabeza y sangraba copiosamente.

—No te muevas; debo atender esa herida antes de que te desangres.

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Sanada, pero no hay tiempo para presentaciones —dijo mientras hacía jirones un trozo de paño y lo empapaba de agua.

—Sí, tienes razón; no hay tiempo... Debemos salvarlos... y... —dijo entrecortadamente.

—¿Salvar a quién? —preguntó Sanada y simultáneamente le limpiaba la herida y le vendaba la frente.

—A los hijos del Emperador; han sido secuestrados.

—No estás en condiciones de rescatar a nadie.



–Debo hacerlo.

Sanada se quedó pensativo unos instantes. La herida no era grave y aquel oficial podía aguantar. Seguramente, en la refriega, se cayó del caballo y el golpe le había abierto una brecha más llamativa que otra cosa.

–Salieron del camino real y van hacia el norte –dijo el soldado insistiendo en levantarse, pero estaba tan mareado que no podía.

–Está bien, yo los rescataré por ti.

–¿Tú? –se quedó mirándole con incredulidad, con los ojos aún vidriosos, y añadió–: ¡Pero si eres un niño!

El soldado se levantó al fin, aunque un segundo después se vino abajo sobre sus rodillas. Sanada le atendió, le sacó del camino y le tumbó a la sombra, junto a unas piedras.

–Quédate aquí; volveré a por ti.

–¿Cómo has dicho que te llamas, chico?

–Sanada. Y soy un samurái –dijo clavando su mirada en el soldado.

–Mi nombre es Yong, general en jefe de los Ejércitos Imperiales.

–Como te he dicho, no tenemos tiempo para presentaciones –y de un salto montó sobre Rai, desde cuya grupa gritó–: Volveré a por ti y entonces hablaremos.

Sanada se alejó al galope ante el desconcierto de Yong, que en voz alta se dijo:

–¡Está loco! ¡Ese chico está loco!

Pero Sanada ya no pudo oírle.

Desde lo alto de un cerro, el joven samurái divisó la comitiva. No podía ser otra: un nutrido grupo de hombres a caballo escoltando un lujoso carruaje bellamente decorado con figuras de dragones. Iban a buena marcha y se dirigían a la frontera. Pero él estaba dispuesto a impedirlo. «Veinte a uno; una justa proporción», pensó Sanada.

Se adelantó a ellos y les cerró el paso.

Sus rostros eran fieros y vestían toscas pieles de animales; se cubrían la cabeza con gorros y los pies con gruesas botas de

cuero de vaca. No parecían soldados, sino una partida de rufianes. Sanada sabía a qué atenerse; no era la primera vez que se enfrentaba a tipos de semejante calaña.

La comitiva se detuvo.

–Soltad a los prisioneros y dad media vuelta –gritó el joven guerrero.

Meg, el jefe de los bandidos, se quedó boquiabierto cuando vio a aquel pipiolo descolorido como la muerte, disfrazado como un guerrero y con cara de pocos amigos.

–¿Tú quién eres, si puede saberse?

–Sanada, el samurái.

–¡Huy!, «Sanada, el samurái» –repitió el bandido con sorna dirigiéndose a sus hombres–. Bien, Sanada el samurái, mejor quítate de en medio antes de que te cortemos la cabeza y juguemos con ella a la pelota –añadió el bandido.

–Hoy has cometido un error –dijo Sanada apoyando su mano sobre su catana.

–¿Ah, sí? Vaya, vaya –dijo el rufián echándose a reír estuendosamente.

Si aquel mequetrefe era un samurái, él era el Emperador de China, se dijo el bandido.

–Venga, chico, apártate; no tenemos todo el día.

–El hombre que comete un error y no lo corrige comete dos errores –dijo Sanada.

–¡Es un filósofo! –exclamó uno de los bandidos riéndose.

En ese instante, algo se movió en el interior del carruaje y el joven samurái vio asomar la cabeza de una joven de gran belleza.

A una señal del jefe de los bandidos, casi imperceptible para alguien que no fuese Sanada, cuatro de sus secuaces se lanzaron al combate. Pero Sanada ya estaba preparado y, como un trueno, les hizo frente. Un segundo después, los cuatro malhechores mordían, malheridos, el polvo. El joven samurái no perdió la ventaja y arremetió contra el grupo siguiente sin darles tregua. Ni siquiera vieron lo que se les venía encima. Al poco se unían a sus otros cuatro compañeros.



Sanada avanzó hacia el resto del grupo con determinación blandiendo al viento su catana.

—¡Es un diablo! —chilló un bandido.

Tres de ellos se enfrentaron a la vez con el joven samurái, chocando con furia sus aceros. Sanada paraba y devolvía golpes, siempre presto al ataque.

Uno de los bandidos descendió del caballo y lanzó su *pudao* contra el cuerpo de Rai. Se trataba de una espada larga y cortante, unida a un palo y cuya finalidad era cercenar las patas de la montura del enemigo. Rai adivinó el golpe. Saltó y el *pudao* cortó el aire por debajo de sus patas, al mismo tiempo que sus cascos delanteros golpeaban con fuerza la cabeza del bandido. Le abrió la cabeza, y el cuerpo sin vida del rufián se desplomó.

Desde el interior del carruaje se oyó una exclamación de júbilo. Dos jóvenes, chico y chica, abandonaron su interior. Aquel singular combate de un muchacho, poco mayor que ellos, enfrentándose en solitario a un nutrido grupo de salvajes les tenía boquiabiertos. Les estaba dando su merecido. Vestía como un guerrero, se movía como el mejor de todos los que habían visto, pero sus facciones resultaban extrañas. Era pálido como la muerte; un ser de tierras lejanas, pensaron ambos jóvenes, pero que peleaba y vestía como los míticos guerreros del otro lado del mar Amarillo. Sí, vestía como un samurái, peleaba como un samurái, pero —y eso era lo que les tenía hipnotizados— no podía tratarse de un auténtico samurái.

Sanada les dirigió una rápida mirada sin perder de vista el combate. Solo quedaban doce, se dijo.

Se equivocaba, porque la mitad salió huyendo, y los restantes estaban desbaratados y confusos. Debían hacer algo y pronto si no querían morir, pues el muchacho se les acercaba amenazante y retador. Dos bandidos le salieron al paso sin mucho convencimiento en la victoria; Sanada lo supo al instante y decidió aprovechar su ventaja. Lanzó a uno de ellos al suelo con un fuerte golpe de su puño izquierdo, mientras que, con el brazo derecho, hundía su catana en el cuerpo del otro bandido. Pero alguien, traidoramente, estaba a punto de atacarle por la

retaguardia. El samurái se revolvió como un gamo y su acero se cruzó con el del jefe de los bandidos. Fue un combate breve, pues Sanada, de un golpe maestro, hizo volar la espada del bandido unida a su mano, cortada a la altura de la muñeca. Un grito de dolor escapó de la garganta del bandido.

—¡Maldito seas! —gritó al mismo tiempo que daba la vuelta a su montura y, al galope, se reunía con el resto de sus secuaces.

Sanada les permitió huir; ya se habían llevado su merecido y, como auguró al principio, su jefe había cometido dos errores, dos errores que le habían costado una mano. Todo había terminado, se dijo el joven samurái.

Se acercó a los dos jóvenes, que parecían haber perdido el habla. La chica era muy bella, tenía unos ojos muy hermosos que resaltaban sobre un rostro de porcelana de óvalo perfecto. Presa de emoción, no dejaba de mirar a su joven salvador sin saber qué decir. Fue su hermano quien rompió el silencio.

—¿Quién eres, noble extranjero? —preguntó.

—Mi nombre es Sanada y me alegro de que ambos os encontréis bien.

—¡Nos has salvado la vida! —exclamó la chica.

—Bueno, solo he cumplido con mi trabajo —contestó el samurái sin atreverse a mirarla.

Tanta belleza le aturdía. La chica pareció notarlo. Y su joven hermano también.

—Has de saber que hoy has salvado a los hijos del Emperador y que serás recompensado por ello —dijo—. Mi nombre es Dewei y ella es mi hermana Lian.

Alguien se acercaba al galope.

—Es Yong —dijo Sanada.

—¿Le conoces? —preguntó Lian sorprendida.

—Sí, él me ha enviado; está malherido.

Así era, pues en cuanto el caballo llegó a la altura de los tres jóvenes, el oficial Yong se deslizó de la silla y dio con sus huesos en tierra.

—Hay que llevarle al interior del carruaje —propuso Sanada. Yong se incorporó.



–Puedo hacerlo solo –contestó sin salir de su asombro.

Yong observaba con incredulidad al joven guerrero y a todos los malvados que yacían a su alrededor. El chico los había vencido a todos y había puesto en fuga al resto. No podía creerlo. Tenía ganas de preguntarle muchas cosas, pero la cabeza le daba vueltas. De cualquier forma, el encuentro había sido providencial y Yong sonrió al muchacho con afable cordialidad. Los hijos del Emperador estaban a salvo y eso era lo importante. A salvo gracias a aquel joven y misterioso extranjero que, al parecer, peleaba con la contundencia y el aplomo de todo un ejército. El guerrero le inspiraba confianza y Yong le tendió su mano, al mismo tiempo que le daba las gracias por haber salvado a los hijos de su señor.

–¿Quiénes eran esos hombres? –preguntó Sanada un instante después.

–Tártaros, por supuesto –dijo impetuoso Dewei.

–No, mi señor; no eran tártaros –dijo tomando la espada de un bandido muerto–. Estas armas no lo son –concluyó.

–Tienes razón; son las mismas que llevan nuestros soldados –afirmó la joven Lian.

–Así es. Me temo que se disfrazaron para hacernos creer lo contrario. Este ataque ha sido urdido por un traidor.

–Pues les ha salido bastante mal –afirmó Dewei muy risueño.

–Gracias a nuestro amigo –contestó Yong con tono grave–. Si no...

–Entra en el carruaje; no estás en condiciones de cabalgar –repitió Sanada.

–Yo montaré en tu caballo –dijo Dewei, ansioso por cabalgar junto a tan singular héroe.

Yong rezongó.

–Es una orden –terminó Dewei.

Pero había llegado tarde; su hermana ya montaba en el caballo del oficial Yong.

–Conduce tú el carro –dijo Lian dirigiéndose a su hermano. Ahora fue Dewei quien rezongó.

–¿No pretenderás que lo lleve yo, no? –preguntó Lian.

–No estaría bien –dijo Sanada, e inmediatamente pensó que no debía haber pronunciado aquella frase.

–Sí, cabalgaremos juntos –dijo Lian dirigiéndose a Sanada con una cálida sonrisa.

Se pusieron en marcha, pero Sanada se situó junto al carro y, de inmediato, Lian se colocó a su lado. Le atraía aquel guerrero tan enigmático, que había salido de la nada y les había salvado la vida. Junto a él se sentía protegida; era un joven misterioso y que irradiaba tal halo de seguridad, madurez y aplomo que la tenía encantada. ¿De dónde venía? ¿Quién era? ¿Qué hacía en las tierras de su padre? Lian le miraba disimuladamente mientras cabalgaba a su lado. ¡Era feo como él solo!, se dijo, y sin embargo, junto a él sentía un cosquilleo insólito y desconocido en su interior. Era una sensación extraña la que sentía; algo que jamás le había pasado.

Fue Dewei el que rompió a hablar y no dejó de hacerlo durante gran parte del camino. Dewei era un chico expresivo, franco y abierto que, al parecer, no conocía el silencio, reconoció Sanada ante su batería de preguntas. Dewei, en cuestión de minutos, ya sabía bastantes cosas de la biografía de Sanada, a pesar de que el joven guerrero no se explayaba en explicaciones, siendo más bien parco en sus respuestas. ¡Sanada tenía su edad y había vivido cien veces más que él!, pensó. Aunque su hermana Oyuki no le iba a la zaga. ¡Menuda chica! No como la sosa de su hermana, que –aunque la quería muchísimo– se pasaba el día con su grupo de cortesanas y damas de compañía leyendo y escribiendo poesía. Si al menos él tuviese un hermano como Sanada, podría entrenarse todos los días y lo pasarían de miedo.

–Lo mejor de las armas es no tener que utilizarlas jamás –le explicaba en ese momento Sanada.

–Pero, según cuentas, tú has combatido muchas veces; son tu pasión.

–No, no son una pasión, sino un camino. Solo las uso cuando es estrictamente necesario, y siempre a favor de los débiles y la justicia. Esos hombres que os tenían prisioneros no os hu-

bieran soltado con buenas palabras. Eran malvados y les gustaba serlo.

–¿Quieres ser mi maestro de armas? Si así lo decides, mi padre te cubrirá de honores.

–Joven príncipe, no he venido hasta aquí para ser tu maestro.

–En serio, mi padre se sentirá muy honrado si decides entrar a su servicio y yo también.

–Mi misión es otra.

–No le insistas –dijo Lian, que durante todo el camino había permanecido en silencio escuchando las aventuras de Sanada.

–¿Cuándo llegaremos?

–En media jornada estaremos en Dadú –contestó Lian.

Aquel nombre era nuevo para Sanada, según sus informaciones la capital recibía el nombre de Beijing.

–Y estás en lo cierto –contestó Lian cuando Sanada preguntó–. Dadú quiere decir *Gran Ciudad* o *Gran Capital*, pero el verdadero nombre es Beijing, la ciudad de la Paz del Norte.

Le gustaba la voz de Lian, su tono era dulce y melodioso, como las aguas de un arroyo cristalino.

Hacia un buen rato que Sanada veía de nuevo la Gran Muralla y, en breve, llegarían a una de sus puertas. La curiosidad le embargaba; ahora era a él a quien le tocaba preguntar.

–¿Fue tu padre quien mandó construir ese gran muro?

–No, fue el primer Emperador de nuestra dinastía. Lo que hizo en realidad fue unir entre sí los tramos antiguos que se construyeron en la época de los Reinos Combatientes, cuando los señores de la guerra peleaban entre sí y el país estaba dividido. De eso hace ya mucho tiempo.

–¿Cuánto mide?

–En realidad no lo sé, mi padre aún sigue ampliándola. Empieza en el río Yalú y continúa hasta el desierto para proteger toda la zona norte del Imperio. Tras sus muros viven mongoles y manchúes, que ya nos invadieron una vez, hasta que mi antepasado Zu Yuanzhang los expulsó del país.



–Un noble señor, sin duda –alabó Sanada.

–No, un simple campesino –contestó Lian.

La cara de sorpresa del joven samurái animó a Lian a continuar.

–Y además huérfano. Ingresó en un monasterio para no morir de hambre y aprendió a leer y escribir. Allí se unió a un grupo de resistencia, El Loto Blanco, que había iniciado la insurrección contra la dinastía mongola. Pronto demostró su valía en el combate y algunos grandes señores le aconsejaron presentarse ante el pueblo no como un rebelde, sino como un líder popular. Consiguió un gran ejército y, primero, venció a los señores de la guerra, que solo deseaban someter a los campesinos, y después, al último Emperador Yuan. Unificó el país y fue proclamado Emperador.

–Y entonces construyó la muralla.

–Entre otras muchas cosas –concluyó Lian.

–¡Soldados! –dijo Sanada señalando hacia la muralla.

–Sí, justo cuando no los necesitamos –dijo Lian.

Alguien, desde lo alto de la muralla, dio una voz y el enorme portón empezó a abrirse. El oficial había reconocido a los príncipes y el carruaje imperial.

–Bienvenido a mi país –dijo Lian apretando el brazo de Sanada cuando se dispusieron a cruzar la puerta.

## La Ciudad Prohibida

El carruaje avanzaba con presteza conducido hábilmente por el joven Dewei y escoltado por un nutrido grupo de soldados pertenecientes a la guarnición de la Gran Muralla. Dos de ellos, al galope, se adelantaron para anunciar la pronta llegada de los príncipes a la capital del Imperio.

Mientras proseguía el viaje, hondos pensamientos iban sufriendo en un estado de melancolía al joven samurái.

En su imaginación veía a su hermana Oyuki y su mente revivía pasados momentos –peligrosos unos, felices los más–, al mismo tiempo que en su interior se dibujaba el rostro de la bella Kusunada, la joven que le esperaba en una lejana aldea y que era la dueña de su corazón. Luego acudieron a su memoria las imágenes de su padre, el gran Akechi, y las del maestro Oda.

–¿En qué piensas? –preguntó Lian

–En mis amigos, mi maestro, mi familia...

–Volverás a verlos... en cuanto cumplas tu misión –contestó la princesa.

Lian deseaba que el chico le contase en qué consistía su misión, qué le traía hasta sus tierras.

–No a todos –dijo pensando en su desaparecido padre.

–¿Sabes lo que me dice mi madre cuando nos enfadamos?

Dice: gobierna tu casa y sabrás cuánto cuestan la leña y el arroz; cría a tus hijos y sabrás cuánto debes a tus padres –la chica continuó–. Sanada, tienes mucha suerte, porque tú has sabido siempre todo cuanto les debes a tus padres. Fuiste un